

KEVIN MAHER

*Canta,
sucio niño*



© Rose Maher

KEVIN MAHER

Nació y se crió en Dublín; en 1994 se mudó a Londres para empezar su carrera profesional como periodista. Ha escrito para *The Guardian*, *The Observer* y *Time Out* y fue el redactor jefe de cine de *The Face* hasta 2002; más tarde entró en *The Times* donde ha sido articulista, crítico y columnista durante los últimos ocho años.

Jim Finnegan tiene trece años y es el menor de una familia católica, con cinco hermanas mayores que él. Una familia bulliciosa en el Dublín de los años ochenta, en la que Jim logra sobrevivir a base de picardía y un mundo propio construido con lecturas, películas y música. Jim sale con su pandilla de amigos, con los que gusta de arriesgar en alocadas carreras de bicicletas, y vive su primer enamoramiento con una chica de su barrio, Saidhbh, hija de un nacionalista irlandés. Pero su mundo se ve alterado cuando el padre O'Cuigeen visita a su madre para pedirle que permita a Jim convertirse en monaguillo de la parroquia. Jim descubrirá pronto que las intenciones del padre O'Cuigeen no son precisamente «santas» y tendrá que aprender a vivir entre sus abusos, que guarda para sí, y el amor creciente por Saidhbh.

Canta, sucio niño es la historia inolvidable de un chico que se ve abruptamente expulsado de la niñez pero que logra construirse a sí mismo buscando soluciones siempre inesperadas, en una sorprendente combinación de inocencia y entusiasmo. Dura y lírica a la vez, esta primera novela de Kevin Maher ha sido saludada por *The Guardian* como «seductora y divertida hasta hacernos estallar en carcajadas en cada página».

El editor agradece la ayuda financiera de
Ireland Literature Exchange (subvención a la traducción), Dublín, Irlanda
www.irelandliterature.com
info@irelandliterature.com

Título de la edición original: *The Fields*
Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: abril 2016

© Kevin Maher, 2013

Reservados todos los derechos

© de la traducción: Vicente Campos, 2016

Canciones reproducidas en el texto: «Good Morning», letra de Arthur Freed; «Tainted Love», letra de Ed Cobb; «Waiting for a Girl Like You», letra de Mick Jones y Lou Gramm; «Physical», letra de Steve Kipner y Terry Shaddick; «The Fields of Athenry», letra de Pete St. John; «Small-town Boy», composición de James Somerville, Lawrence Steinbachek y Steve Bronski, reproducido con autorización de Jess-E-Musique Ltd, Lawrence Steinbachek y Bucks Music Group.

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Imagen de portada: © Stephen Mulcahey / Arcangel Images

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15863-35-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Thomas Francis Matthew Mathias

UNO

Cuando Jack murió yo era muy pequeño, más todavía que ahora, y dije, en un ataque de rabia, que no permitiría que volviera a pasar. Jack era nuestro gato. Un birmano pardo oscuro, con unos dienteccillos afilados, unas garras que arañaban y se enganchaban en todo, y que, cuando deambulaba por la casa tambaleándose sobre sus patas inseguras, respiraba resollando con estertores que le estremecían de arriba abajo como un extraño coro cantarín. También fue la primera y última vez que intentamos, como familia, tener una mascota. Cuando llegó, las chicas armaron mucho jaleo. Todas se empujaban, tiraban las unas de las otras y hasta se soltaban algún arañazo, ansiosas por cogerlo. Lo besaban, achuchaban y zarandeaban bajo las sábanas, y lo perseguían alrededor del sofá hasta que el animal se escondía en el rincón y se hacía pis debajo de la mesita del café, lo que sacaba de quicio a papá. ¡Maldito gato!, decía chirriando los dientes y apretando las manos hasta formar un puño como si se dispusiera a matar a golpes a un peluche mullido que todavía no había cumplido las siete semanas.

Desde que llegó, los resuellos de Jack fueron a más, y hacia finales de la primera semana en casa se habían convertido en una gripe en toda regla. El veterinario dijo que seguramente ya la traía de fuera, que el criador, un viejo del condado de Cavan, debía de ser un sinvergüenza, y que la verdad era que Jack difícilmente mejoraría y podía morirse. Eso asustó a las chicas que ni te cuento. Lo que,

combinado con la sustancia verdosa y densa que le goteaba de la nariz y los ojos, y la manía que tenía de estornudar y lanzarla a chorro directamente a tu cara, hacía que desaparecieran corriendo como posesas cada vez que él se presentaba en el salón. Y, de paso, también hizo que a papá le entraran más ganas todavía de matarlo.

Yo era el pequeño de la familia, y también el que había estado dándole la tabarra a mamá para que nos comprara una mascota, así que me correspondía a mí la función de enfermero de gatos. Y eso implicaba perseguir a Jack escaleras arriba con bastoncillos de algodón, limpiarle todos los mocos, llevarlo al cuarto de baño y sujetarlo encima de la bañera llena de agua caliente para que inhalara el vapor que, se suponía, le limpiaría la mucosidad endurecida de los pulmones que era la causa de su mal. A él le repateaba. Y tanto daba las veces que lo repitiéramos, y tanto daba las veces que yo acabara achuchándolo envuelto en la toalla y firmando la paz con un trozo de sardina aplastado entre las puntas de mis dedos, él siempre creía que yo sólo lo hacía por fastidiar, o porque era un pirado pervertido, y que lo iba a tirar al agua hirviendo de la bañera para echarme unas risas. Se ponía a arañarme como un loco cuando lo sujetaba, y me hizo unos buenos tajos en las muñecas de los que, a veces, hasta sangraba unas solitarias gotas rojas que caían salpicando en la bañera mientras él hacía sus últimas inhalaciones de vapor presa del pánico. Pero a mí no me importaba porque estaba consiguiendo que mejorara.

Jack se recuperó a las dos semanas de tratamiento. Todo el mundo, hasta el veterinario en persona, dijo: vaya, vaya, impresionante, ¿es que tenemos aquí a un doctor Dolittle en ciernes o qué? Incluso mi padre dijo: lo has hecho muy bien, hijo, antes de mirar a mamá y añadir con un suspiro: pero sigo pensando que estaría mejor muerto. Y ella le respondió, dándole una bofetada de broma, que era un hombre muy, muy malo, a lo que él replicó, riéndose entre dientes, que eso era justamente lo que ella quería que fue-

ra, y que se bajara de la higuera, que era una expresión que significaba anda y que te den, que era otra frase hecha que en realidad significaba que te caía bien la persona a la que se la decías.

Jack se puso cachas, y corría que no veas, y se pasó varias semanas seguidas dándose porrazos alrededor de la casa, provocando graciosos estropicios, como cuando perseguía la sombra de un pogo saltarín a lo largo de una pendiente, o se peleaba con su sinuoso reflejo metálico en el cubo del carbón y llenaba la alfombra verde de la sala de estar de diminutas huellas de sus patas. Lo mataron en la calle delante de nuestra puerta cuando sólo tenía siete meses. Nadie vio cómo pasó. Nos enteramos cuando Maura Connell, la vecina de al lado, se presentó en casa con una cara muy triste y le dijo a mamá que más valía que bajara la cuesta y viera lo que había en la calle delante del camino de entrada. Yo era el único de los pequeños que estaba en casa porque todavía no tenía edad para ir a la escuela así que cuando mamá trajo a Jack dentro, aplastado y con la cabeza cubierta de sangre, pasé un montón de tiempo a solas con él.

Mamá dijo que cuando volvieran las chicas celebraríamos un funeral familiar por Jack en el patio trasero, y con uno de sus trapos de cocina buenos limpió todo el viscoso pringue rojo y negro que todavía salía de uno de los lados de la cabeza de Jack, sobre todo a través del agujero de la oreja y por el del ojo de la izquierda. Lo depositó fuera, junto a las cebollas, estirado, y quedaba muy bien, en una manta de punto que Sarah había confeccionado en clase de Labores del Hogar, y luego subió corriendo al desván a buscar una vieja caja de zapatos que sirviera de ataúd.

Yo también me tumbé a su lado, sobre la hierba. Y sin que hubiera nadie que pudiera verme, le acaricié el pelaje todavía tibio, le besé en el lado de la cabeza que no estaba ensangrentado y me puse a llorar como una madalena, diciéndole lo mucho que lo quería. Le dije que era un gato

muy bueno. Aunque también le mentí. Fingí que no me acordaba de todas las veces que me había arañado, ni de los desgarrones inmensos que había hecho en el sillón de papá, ni de cuando había trepado a la mesa y pisoteado la bandeja del horno llena de masa mientras mamá estaba al teléfono. Eres el mejor de los gatos, le dije acariciándole y sollozando. Un gato buenísimo. El mejor de Irlanda. Todos los demás tienen celos de ti, Jack. Porque eres el más rápido, y el más listo y el más gracioso, el mejor que ha existido o que existirá nunca.

Al cabo de un rato sentí que la rabia se apoderaba de mí. Las lágrimas se convirtieron en chillidos de loco. Mamá tuvo que salir corriendo de casa para sujetarme abrazándome. Le dije que aquello era un error, que Jack tendría que seguir con vida, y que Dios había cometido una estúpida equivocación. Mamá, que iba a misa todos los días sin falta a las diez de la mañana y que rezaba sus oraciones igual que la mayoría de la demás gente respira, se crispó un poco. Yo, enrabiado, continué. Y por eso, si Dios quería que Jack muriera, dije sin dejar de llorar, yo quería que Dios muriera. Mamá me apartó de su pecho, me zarandeó con fuerza y me dijo que había perdido la cabeza y estaba diciendo cosas muy feas, espantosas. Pero eso sólo agudizó mi rabia, me puso más furioso, me envalentonó y me hizo decir que yo cambiaría a Jack por Dios sin pensármelo ni un momento.

Mamá me mandó a mi habitación y me dijo que no saliera hasta el funeral. Le di la espalda, me encaminé hacia casa y grité, lo bastante alto para que me oyera, las palabras: ¡que le den a Dios!

Y no lo decía de broma. Me tumbé en la cama, fuera de mí, hundí la cabeza en la almohada sin parar de llorar, todavía furioso, y le dije a Dios que ya estaba harto de Él, y que matar a Jack había sido la última gota. Ahora Él se había metido en un lío. Un lío de los gordos.

Al final, con el calor de las lágrimas me entró sueño y, con los ojos empapados y sin fuerzas, me quedé dormido discutiendo imaginariamente con Él y pensando en el chiste que había contado una vez la tía Una sobre el pequeño italiano que reza a Dios para que le hagan un buen regalo de cumpleaños y, sólo para asegurarse, mete una figura de la Virgen María en el cajón, lo cierra con llave y le dice a Dios que, si quiere volver a ver a Su madre, más vale que haga lo posible para que le regalen una bicicleta por su cumpleaños. Es un chiste que mola, porque se supone que el niño se comporta como un mafioso de los que salen por la tele, pero en realidad lo más gracioso del chiste es que lo cuentas imitando la voz de un italiano, como el hombre del anuncio del Cornetto, así: *si voleeri volveri a veri a la tua mama más valeri que me consigui una bichicleti*. La tía Una lo contó una Nochebuena y se convirtió en el chiste de la temporada, y toda la familia, los ocho sin excepción, cada vez que queríamos echar unas risas, añadíamos una «i» al final de las palabras para parecerse italianos. Incluso después de Año Nuevo.

Le dije a Dios que a mí podía hacerme lo que quisiera, pero que, de verdad, ya le valía, que era la última vez que hacía esa jugarreta de la muerte mientras yo anduviera por allí. No tenía una figurita de la Virgen María para esconderla, pero le dije que, en cuanto mi madre me dejara, no volvería a ir a misa, ni a confesarme.

Dormí sin parar hasta el día siguiente. Me perdí el funeral y todo lo demás. Mamá dijo que no pasaba nada. Habría sido demasiado triste. Pero ahora me acuerdo de él, de Jack. En este mismo momento. Aquí, en esta cocina. Y me pregunto si las cosas podrían haber sido de otro modo.

1

Amor de verano

Una pelota de hockey le da en toda la cara a Helen Macdowell. Así empieza. Sí. El principio del fin. A partir de ahí, todo va cuesta abajo, a peor. Helen es bonita. Tiene un pelo castaño claro, ondulado y suelto que se riza hacia atrás desde la frente; la cara redondeada y la nariz delicada y un poco respingona. Sus labios son de un rosa oscuro, y le centellean cuando se pone brillo. Y sus ojos, Dios, tiene unos ojos que no podrían ser más azules, de un azul claro, sin manchas ni motas. Es preciosa y va a ser enfermera, o azafata, o detective privado. Al menos, eso es lo que cuenta mi hermana Fiona, y ella debería de saberlo. Fiona y Helen iban siempre juntas antes de que Helen se volviera demasiado guapa para tener amigas. En ese remoto pasado, fueron amigas del alma, y se hacían cortes en los dedos, se juntaban las puntas ensangrentadas y fingían que eran brujas y todo ese rollo. Entonces a Helen le salieron tetas, la tez y el pelo se le pusieron preciosos y dejó de ir por ahí con ninguna amiga.

Bueno, el caso es que está ahí en medio, la chica más guapa sobre el campo de grava negra, bien maquillada y todo lo demás. Ya han dado los tres toques de saque, y el sol cae con fuerza, abatiéndose sobre las jugadoras. Las chicas sudan con sus faldas de deporte gris pizarra y sus ceñidos tops de Aertex azul claro, y nosotros las animamos desde las bandas.

¡Vamos, guarrillas, daos caña, zorritas sexis!

Las monjas se dan la vuelta, con los ceños fruncidos y dedos que nos señalan, lo que nos mola todavía más.

El cole ha acabado, amor de verano, pasárselo en grande.¹

Y Helen está ahí en medio. En el centro del campo. Con la mirada fija.

Al principio no me doy cuenta, pero los demás chicos sí.

Dicen, enardecidos: uaaaa, Finnegan, ¡te está mirando!

¿A mí? ¡No me toquéis las pelotas!

Sí, eso es lo que te está mirando.

Y es verdad, se ve, sí, me está mirando directamente. Giro la cara y me pongo rojo como un tomate. Cuento hasta cinco mientras miro la hierba que crece en las bandas y me imagino a mi familia al completo triturada en una picadora gigantesca, como en la canción de la tele. Pero lo raro es que, cuando me vuelvo, me doy cuenta de que en realidad no me está mirando. No me hace ojitos ni nada por el estilo. Es como si estuviera contemplando absorta el espacio, aunque en mi dirección.

Aun así, los chicos se han puesto como motos y dicen que ella se me quiere tirar, tocarme la picha y todo lo demás, pero a mí me está hartando aquella mirada fija. Tiene los labios ondulados y aterciopelados y sus ojos azules claros me lanzan burbujas de fuego. También parece triste, como si yo le diera pena, como si fuera a negar con la cabeza y decir: «Pobre imbécil». Siento que me mareo. Me entran ganas de levantarme y darle otra vez la espalda. Quiero volver a casa con mi mamá.

Pero, antes de que me dé tiempo de hacer nada, sucede.

¡CATACRONCH!

¡Joooder!, chillaba uno de los chicos mientras todo el mundo se vuelve loco. A Helen Macdowell acaba de darle una pelota de hockey en toda la boca. Hay trozos de dientes esparcidos allá donde mires, trocitos rojos. Abre la boca dolorida y entonces vemos que los labios se le han hincha-

do y rajado, acuchillados por los trozos de dientes rotos. La cara también se le hincha delante de todos. La sangre le chorrea a borbotones de la boca. Como si tuviera ganas de vomitar pero en vez del vómito sólo saliera sangre. La chica que le dio el pelotazo, Mary Davit, una auténtica gorila, se ha derrumbado y está sentada en el suelo, llorando. Helen todavía no llora. Se toca la cara, intentando reconocer el contorno de las hinchazones y los bultos. La han rodeado las monjas, como una bandada de urracas nerviosas, y mantienen apartadas a las demás niñas. Las otras todavía sudan con sus faldas y camisetas, pero hacen poco más que murmurar entre ellas y consolar a Mary Davit. Alguien dice en voz baja: zorra estúpida, ¡eso le enseñará!

Después de toquetearse y palmearse la cara durante unos segundos, Helen deja caer la cabeza sobre el pecho y estalla en unos alaridos tan fuertes que parece que va a hacer pedazos el campo de juego entero. Chilla de verdad. Como cuando te persigue por un oscuro callejón un tipo con un cuchillo de trinchar enorme en una peli de terror de Halloween. ¡igual! Y, como si quisiera confirmarlo, se suelta de las monjas y se echa a correr como si le fuera la vida en ello. Lo digo en serio. Sale a la carrera del campo, atraviesa la hierba alta que lo rodea y, por las puertas principales del colegio llega a Ballydown Road. Chillando sin parar, emitiendo ese alarido de peli-de-terror-con-cuchillo-de-trinchar. Sin detenerse ni una vez.

Maura Connell la vio en plena estampida pasando por delante del súper Quinnsworth a las dos de aquella tarde. Helen Macdowell, la chica más bonita del equipo de hockey, con su pelo castaño ondulado agitándose a sus espaldas, sus ojos azules claros encendidos, y su cara deformada como carne picada brillando por la sangre. La sangre le caía por el cuello desde la raja que dibujaba su boca y le manchaba toda la camiseta de gimnasia de Aertex.

El rumor que corre por The Rise cuenta que Helen fue finalmente derribada por dos guardias de seguridad del cen-